

La verdad ha muerto

Iván



## Capítulo 1

Cuando acabó de escrutar el llano miró hacia atrás y hacia su caballo y el caballo parecía una estatua hecha de arcilla. No se movía apenas, parecía que lo quisiera escuchar hablar. Billy le dijo algunas palabras y luego montó y se fue en línea recta, sin desviarse un solo metro. El campo era del color del maíz, muy claro. Una planicie salpicada por la luz del sol haciendo cromática la tierra que calentaba. El chico cabalgó más tiempo del que pensaba hasta bajar por una hondonada y acabar en un río de cañas. Se acuclilló y bebió agua y luego se mojó la cara y se la enjugó con el cuello de la camisa. Al levantarse el caballo ya había atravesado el río. No tengas prisa, es a mí a quien quieren matar, dijo Billy. Se ajustó el sombrero y cabalgó hacia el ocaso, esta vez el campo era gris y los nopales le hacían de guía entre aquel camino lleno de tierra.

Entró en un pequeño bosque donde crecían pequeños álamos y descendió por un barrizal hasta acabar a los pies de un bañadero, buscó el sol mirando hacia atrás, escupió y siguió andando. Al cabo de un kilómetro se apeó en un claro, volvió a mirar al cielo y maldijo. Cuando acabó de encender el fuego solo se veía las manos cuando las acercaba a las llamas. Extendió su catre y se puso a dormir con las manos entrelazadas en el pecho y oyó lo que creía que eran animales o quizás eran criaturas extrañas creadas por otro ser igual de inherente que Dios. El viento soplaba hacia el sur y el caballo roncaba y los chacales no estaban cerca ya que los pelos del chico no se erizaban. Despertó en la misma postura que cuando se fue a dormir, se quitó las legañas utilizando el pulgar y el índice y luego vio al caballo paticalzado con las orejas tensadas y puntiagudas. Se movía de lado a lado. Billy Jack miró hacia delante sin mover nada más que la cabeza. Le correteaba una serpiente de cascabel por las piernas, con su mano derecha alcanzó las alforjas que le hacían de cojín y agarró una pequeña hacha de maderero. La cabeza de la serpiente le pasó por la rodilla y descendió hasta el suelo. El chico descargó un golpe inaudible y solo se levantaron unas pocas hojas del suelo. La cabeza de la serpiente fue cercenada y se sacudió y dio una vuelta entera. Quedó mirando hacia el muñón del cuello. Como observando el interior que le concernía, aunque su afección ya no estaba ni estuvo nunca.

Por la tarde llegó a un camino real y vio a lo lejos una pared de mampostería, el sol le había atezado la nuca porque no llevaba sombrero. Cuando llegó vio que era una casa medio en ruinas y que en la pared más alta había un llar del cual pendía una marmita sin tapadera. Maneó al caballo y lo apersogó en la anilla de una clavija anclada a la pared sin antes comprobar que podría aguantar. El sol impactaba contra aquella figura rectangular, al chico le daba la sensación de que aquella casa era algún tipo de monumento megalítico. Había un cráneo de bisonte encima del vértice que hacía que las dos paredes se extendiesen. El chico se acercó a la marmita y miró dentro, había un cráneo humano muy

pequeño. Esperó a que el sol diera por la pared opuesta y reanudó la marcha. Cuando aún quedaban los últimos resquicios de luz se bañó en un pequeño lago y durmió muy lejos de él para que los animales no lo fueran a visitar.

Tres días después se plantó en una iglesia y vio a hombres encadenados en las paredes de esta raquíticos y tan transparentes que se les podían ver los órganos. Vio a un muerto enjuto que colgaba de un gancho, en una pequeña jaula, y los cuervos se le comían las cuencas de los ojos y él ya había dejado de gritar hacía tiempo. Avanzó unos pasos y encontró un hombre en la iglesia, aparte de los muertos era el único que estaba allí. Estaba fumando y apoyado contra una de las paredes de adobe y cal. Le miró derrengado. Tenía una pierna estirada y la otra estaba flexionada haciéndole de soporte para la mano que sostenía el cigarro. El chico se quedó en el umbral de la puerta y el hombre le hizo señas de que pasara. Billy se sentó en uno de los bancos de la iglesia y apoyó los codos en el respaldo de este y cruzó los pies haciendo que las piernas adoptaran una postura estevada. A aquel hombre le faltaba un dedo de cada mano y de sus muñequeras pendían pequeños dientes renegridos y alguna que otra oreja o moneda quemada. Su sombrero estaba echado hacía delante por lo que solo se podía ver su bigote y perilla castaños.

La luz entraba por los vitrales de la pared derecha y destellaba en los bancos. Cuando el chico fue a rascarse la frente vio que le faltaba medio techo al edificio. En uno de los contrafuertes más próximos al hombre había apoyado un rifle Hawken, estaba cargado, pero no amartillado y tampoco estaba puesto el fulminante. En la parte lateral de la culata había una placa de hierro en la cual estaban grabadas unas iniciales. El hombre vio ojeaba el arma y tiró el cigarro al suelo y le dirigió una mirada displicente.

¿Te vas a quedar mucho tiempo? Preguntó el hombre. El chico siguió observando el arma, luego dijo:

Yo solo venía a mirar aquí dentro.

Imagino que tendrás un sitio hacia dónde dirigirte.

Pues imaginas mal, el chaval seguía en la misma postura que cuando se sentó. El hombre vestía de ante y del pecho le colgaba el cuerno de pólvora.

Al menos te dirigirás a algún sitio.

Llevó al menos una semana buscando un pueblo decente, donde pueda trabajar.

Pues no vayas hacia allá, señaló con el pulgar hacia sus espaldas. De allí vengo yo, y te aseguro que la gente que viene de allende matará a todo el que se le cruce. Incluido a mí.

El chaval no respondió. Luego dijo:

¿Y tú que haces aquí?

Me persiguen.

¿Quiénes?

Y yo que coño sé, se inclinó para escupir y el chico se cruzó de brazos. Solo me queda ir al norte, allí me espera la frontera y cuando la cruce seré invencible, señaló al chico. Cuando salieron el sol ya irradiaba los asientos en los que se había sentado el chico. Billy montó el caballo y el hombre le miraba desde abajo mientras caminaban.

Al caer la tarde montaron un campamento y cenaron la serpiente que mató el chico y también cenaron carne de castor. El hombre le dijo que se llamaba John Sunday y le explicó que provenía de una antigua familia de Sajonia, pero era oriundo de Texas. El hombre gesticulaba con sus manos carentes de dedos y frunciendo la cicatriz que le cruzaba todo el parpado e iba a parar a la quijada. El chico asentía arrancando con sus grasosos dientes la carne medio quemada. Estuve en la guerra de México y asistí al botín de guerra, pero deserté por razones de amor. Me quedé a vivir allí hasta el cuarenta y ocho y tuve un romance con una mexicana. Hizo un gesto de mover la mano hacia atrás y hacia delante, como indicando que aquello ya era agua pasada. Hace poco que me enteré que me andaban buscando, una vieja me lo dijo, primero no le creí y le dije que lo habría soñado. Pero luego vino más gente y me advirtió. Ya me podrían haber avisado antes, en ese periodo de tiempo me junté con una banda de asaltadores de caminos. Dicen que cometí varios asesinatos, lo cual es cierto, pero me puede más el instinto que el orgullo. El chico le miraba embobado con las piernas cruzadas y le dijo:

¿Y antes de todo eso que te dedicabas a hacer?

El hombre rió.

Pertenecía a una compañía peletera. Esto que ves aquí, levantó la mano, se lo robe a los indios. Las orejas, los dientes y las monedas colgaban de su muñeca mediante unos flecos de cuero sin curtir y el hombre movía la mano haciendo que se corroborara la epifanía de los límites humanos.

Al día siguiente anduvieron hasta llegar a un desierto de dunas y más allá vieron rocas oblicuas que eran grises y otras eran cubiertas por arena arcillosa y el mismo suelo que pisaban era la mezcla de todos esos

colores. En todo el camino que llevaban el chico no se había bajado del caballo ni el hombre le había hablado de hacer turnos. Cuando alcanzaron la segunda duna una nube de arena emergió de entre las entrañas de la tierra como si fuera una explosión y el caballo se alzó sobre dos patas y tiró al chico al suelo y luego se fue galopando hacia el lado oriental del desierto, donde soplaban el viento. El chico se incorporó con una mano en la cadera y se agachó, el hombre ya lo había hecho cuando el caballo se asustó y tenía el rifle en las manos. De entre los dientes sostenía el pistón fulminante y luego lo introdujo en el cebo y tiró hacia atrás el percutor. Hijo de puta, gritó Billy. Nos han disparado, ¿verdad? Giró la cabeza hacia el hombre.

Veo a esos cabrones en las piedras, dijo Sunday. Y ellos a mí.

¿Son muchos?

No más de cinco, le pasó el catalejo a Billy. Y tienen una sola arma, sino ya nos habrían disparado otra vez. El hombre reptó hacia atrás, donde estaba el chico. Luego levantó con un dedo la mira Vernier del rifle y se quitó una bota y la dejó al pie de la duna y allí apoyó el cañón del rifle. Se colocó en una posición de la cual creía que desde ahí no le verían disparar. Estaban a un centenar de metros desde donde pensaban que venía el disparo. Luego le dijo al chico que si salía algo de entre las rocas no dudase en decírselo. Al cabo de un rato un disparo resonó en aquel arduo páramo y luego pasaron unos segundos y sonó otro disparo y esta vez la bala impactó a unos metros del chaval.

Esos imbéciles no saben ni donde estamos, probablemente no sabrían que hacer si nos llegarán a matar.

¿Tan seguro estás? Dijo el chico.

¿De qué? Se giró para verle mejor.

De todo.

Sus camisas ya se habían empapado de sudor hacía rato y al cabo de unos minutos se arrastraron cubriéndose en las dunas hasta llegar al comienzo de las agrupaciones de rocas y piedras anaranjadas. Se encaramaron y ocultaron detrás de un pequeño montículo de arcilla y luego el hombre se asomó y examinó su alrededor y luego bajó de las piedras.

Estuvieron ahí más de una hora y se les estaba acabando el agua y el caballo del chaval ya estaba muy lejos. El hombre estaba cruzado de piernas y el rifle estaba reclinado sobre su pierna. Billy tenía la camisa empapada, su espalda apoyada en la roca y de vez en cuando miraba por el catalejo. De entre las pitas y los carrizos surgieron tres hombres, uno

detrás de otro. Uno sostenía una pistola. Avanzaban cautelosamente. Caminaron hasta llegar a un atolladero de rocas y se dispusieron a escalarlas para pasar al otro lado. El hombre al ver la cara del chico mirando el anteojo se preparó con el rifle. El arma se sacudió y del percutor y del cañón se nebulizó un humo grisáceo. El hombre de la pistola cayó como si le tiraran de los pies y rodó por las piedras de basalto de allá abajo. Cuando los otros fueron a por él el hombre y el chaval aprovecharon para avanzar entre las dunas, los hombres habían saqueado al muerto y uno ya portaba su pistola. Avanzaron hasta donde comenzaba aquel castillo de piedras rojas. Aquellas dos figuras no se movían del sitio, no huyeron, sino que se cubrieron tras un esquisto donde podían ver el desierto con superioridad. El hombre que tenía la pistola se acodó sobre la piedra y disparó dos veces, estaban relativamente cerca de ellos. Los cascajos saltaron sobre las piedras y el hombre y el chico se taparon la cara y luego vieron desde donde venían aquellos disparos. Cuando Sunday acabó de cargar el rifle dijo que le quedaban tres balas y luego apoyó la molla del arma en la piedra y disparó. Los hombres bajaron sus cabezas y luego las volvieron a sacar para disparar otra vez, como si fueran marmotas en sus madrigueras. Billy giró en derredor y divisó a lo lejos como el clamor de una tormenta de arena se clarificaba en aquel albor mañanero. En menos de un minuto ya estaba encima de ellos y no había sitio donde resguardarse. Los dos anduvieron unos metros abrazados entre ellos para no perderse y reptaron por la arcilla y la roca y se cubrieron en un ribazo de un banco de arena que a su vez hacía de socaire para la tormenta. Metieron la cabeza en sus ropajes y se quedaron allí inmóviles mientras oían prorrumpir diferentes sonidos de diferentes proliferaciones, oyeron el repiquetear de la arena en el viento y en sus mismos cuerpos y oyeron caballos en lontananza como la llamada de la salvación y luego aquellos sonidos cesaron. La tormenta empezó a discernirse a una cálida ventisca y a unos sesenta metros percibieron colas de caballos y arriba sus respectivos jinetes con formas de palos largos a sus lados. Aquellas figuras estuvieron un buen rato tanteando el terreno y estudiándolos. Se ubicaban en las dunas de antes y Billy y Sunday avanzaron por las piedras tratando de huir. Los hombres que disparaban habían desaparecido y en una zona arenosa dejaron un campamento con comida y con un saco pólvora.

Pasaron la noche en una pequeña casa que en realidad era un agujero dentro de la tierra. Había unos palos que sostenían el techo de hierba y tierra y había bancos dentro de la casa y una mesa y nada más. Encendieron un fuego a la vera de la distinción entre lo de fuera donde hacía frío y el lugar de donde dormían ellos. Así el humo no entraba en la casa. Cenaron lo que les quedaba de comida y luego pensaron en comprar algo de víveres al día siguiente. Hablaron sobre el angustioso tiroteo y después Johnny Sunday le dijo un par de cosas al chico:

Aquellos jinetes que han aparecido como fantasmas moribundos se pueden manifestar cuando quieran y a la hora que quieran y en el lugar

que nunca pensabas que estarían. El chico lo miraba soñoliento. Tenlo presente, porque puede que por unos dólares más te maten a ti también.

Cuando acabaron de comer el chico se exaltó porque se acordó de que el caballo se había quedado con las alforjas y había perdido el hacha y otros utensilios. Se sentó a calentarse las manos en el fuego y Sunday le echó las últimas maderas que habían arrancado de los bancos y las mesas. Luego esperaron a que ya no hubiera fuego y con sus propias manos cavaron la tierra y pusieron las brasas que quedaron de la hoguera dentro. Después volvieron a poner la tierra encima y se pusieron a dormir sobre ella.

A medía noche al chico le ardían el trasero y cuando se giró tenía el pantalón en llamas y se levantó gritando con los brazos extendidos y rodó por el campo. Johnny Sunday le miraba con media sonrisa a lo que luego se convirtió en una gran risotada.

Al día siguiente vieron ante ellos el arrebol mañanero y como este se posaba sobre la tierra que pisaban, envolviéndolos en un espacio íntimo. Los cirros se arrollaban y los pájaros aún no habían salido, pero se les oía cantar. Ese día hizo más frío del que pensaban y se metieron la camisa por dentro del pantalón e hicieron lo propio con las botas. A medio día pasaron por una zanja alta y luego subieron hasta un otero y encontraron en las planicies de allí abajo un cementerio indio y cogieron sus mantas mosaicas porque los muertos ya no las necesitaban. Caminaron hasta llegar de nuevo a una planicie y descendieron hasta un río muy amplio.

¿Qué quieres hacer? Pregunto Sunday.

Seguir río arriba supongo.

Sunday se encogió de hombros y luego asintió. Bebieron agua y llenaron sus cantimploras. El chico puso los brazos en jarra mientras Johnny se acuclillaba para llenar del todo la bota. Los pequeños coyotes agazapados en sus madrigueras oían a los huéspedes del bosque. Garzas y codornices yendo a beber al río llamándose entre ellas y las garzas agitando las alas y las codornices cantando al sol naciente. Los largos caminos de caza cruzaban los guijarrales que a su vez estos se transformaban en pequeños cerros de un fundamento recio.

Ascendieron por el río hasta salir por uno de sus flancos y cruzaron un vergel y comieron todo lo que pudiera comerse de ahí. Vieron una estructura blanca en lontananza y luego sonó una campana. Cruzaron un manglar mojándose los tacones de las botas hasta plantarse a las puertas de un pueblo. Los adalides los miraban con caras de poco entusiasmo y sostenían escopetas de doble barril. Pasaron por delante de gente con sombreros muy anchos y luego cruzaron la avenida principal y fueron a parar a una partida de póquer en la que solo jugaban los ciboleros y

muchos de ellos eran españoles. Sus lanzas de dos metros y medio de largo estaban apoyadas contra las paredes de adobe y los ciboleros les miraban ostentando una amplia sonrisa. Uno de ellos les habló con acento andaluz y otro les habló en mexicano y ellos se quedaron un rato hablando.

Fueron a una tienda de comestibles y compraron comida y tres botellas de alcohol, luego salieron de la tienda y fueron hacia las escaleras que bajaban del edificio contiguo. Mientras bajaban por cada peldaño un hombre subió y ellos se situaron a un lado agarrándose de los maineles. Ese hombre resultaba ser el alguacil. Entraron en un zaguán y observaron unas vitrinas que les llegaban a la altura de la cintura. Examinaron los revólveres a través del cristal y el chaval se sacó un fajo de billetes de la bota y señaló una pistola que ocupaba casi toda la vitrina. El revolver medía casi todo el brazo del chaval y un fino hilo de cuero envolvía la palanqueta y el cañón. El vendedor abrió una de las puertas de la estantería con una pequeña llave maestra que le colgaba del cuello, sacó la pistola nacarada y se la enseñó al chaval. De mientras Sunday estuvo paseando por la estancia con las manos a la espalda y compró con los dólares que le quedaban municiones para el rifle y luego preguntó al dueño si había algún rancho que alquilara caballos o los vendiera. El dueño se encogió de hombros y tiró sus despojos a la escupidera. Cuando se fueron Sunday cogió su rifle el cual había dejado apoyado en el mostrador al entrar. Al chaval le colgaba de la cadera el cinto con su pesada pistola dentro. Esa noche se quedaron a dormir en un hotel y cuando pagaron se les acabó el dinero. El día siguiente decidieron ir a San Francisco y conseguir monturas como fuera. Partieron hacia la carretera y penetraron en un bosque frondoso. Encontraron una hondonada hecha por la lluvia y se mojaron la nuca con la fétida agua que provenía de ella. Derraparon por una bajada de tierra con las armas descargadas en la mano y continuaron bajando entre unos juncos hasta llegar a un gran guayacán. Parecía que el árbol había sido puesto allí como para diferenciar la paridad de ese bosque. A parte del guayacán no había nada más colorido, todo era oscuro, hasta la propia agua. Cuando alcanzaron el árbol vieron tres hombres colgados y a uno de ellos le pendía un cartel del pecho. Los tres con las manos a su espalda atadas con grilletes. Tenían moscas alrededor suyo y olían a orina. Sus ojos opacos miraban hacia arriba, hacia el sol, y uno de ellos empezó a oscilar cernido ante la negrura intrínseca de aquel lugar. Algunas hojas cayeron del árbol y las hojas eran muy amarillas y revoloteaban hasta caer al suelo y volverse negras como un sueño corrompido por su propia realidad. Sunday se acercó al del cartel y lo miró desde más cerca, el hombre se suspendía a casi tres metros del suelo.

¿Qué pone ahí? Dijo Billy.

El hombre amusgó adelantando la cabeza y empezó a recitar.

“Dios... no puede... gobernar”. Johnny soltó una carcajada. Imagino que los que gobiernan son los hombres, Dios solo decide quien va al hoyo.

El chico puso los brazos en jarra y cambió de peso la pierna. ¿Y cuando no queden hombres para gobernar?

Entonces tampoco quedarán países.

A los dos días llegaron a San Francisco muertos de hambre y una familia de gitanos les dio pan y agua y nada más. A las afueras se encontraron un rancho y fueron a hablar con el dueño y el dueño les mandó a hablar con los rancheros. Si queréis trabajo lo tenéis fácil, el rancho señaló con el dedo, ahí hay tres caballos esperando ser trasladados hacia el Fuerte Ross. Los mozos se han ido a hacer un café, suerte que ellos no están haciendo su faena.

¿Cuánto es la paga? Dijo Billy Jack.

El rancho se estaba liando un cigarro. Y yo que sé, dijo mientras lamía el papel. Tú vas ahí y buscas al corresponsal, le llaman Mike, creo. Hizo una pausa. Luego le dices que vienes del rancho San Miguel y os dará algo de dinero.

¿Cuánto es algo de dinero?

Chico, sí que insistes. Si los caballos llegan de una pieza os pueden dar hasta cien dólares.

Yo no me lo trago, le dijo Billy a la oreja de Sunday. El rancho cogió un fósforo, lo encendió y se puso a fumar.

Me fio más de vosotros que de los niños que trabajan aquí, estos caballos son un regalo de un hacendado. Toda la paga será vuestra. Si por culpa vuestra no me pagaran entonces sí que lo miraría de otra forma.

Los amigos estuvieron litigando mientras el rancho los miraba con desinterés. Luego se llevó el cigarro a la boca y se cruzó de brazos.

Decididlo antes de que vengan los chicos.

Salieron ese mismo día, los caballos eran majestuosos y jóvenes. El chico montaba un Nokota y Sunday un Appaloosa zarco. El chaval afianzó la funda de la pistola entre el cuello del caballo y el arzón delantero de su silla mientras que Sunday llevaba el rifle en el regazo. Cuando se hizo de noche un viejo vaquero les acogió en su casa. Metieron los caballos en el establo y cenaron comida como Dios manda. El vaquero se llamaba Lewis

y fumaba un puro mexicano y Sunday fumaba cáñamo. Billy comía como si esa fuera su última vez.

¿Qué os trae por aquí?

Los caballos que montábamos, dijo, hay que llevarlos a Fuerte Ross. El viejo asintió. Siguieron comiendo.

Tened cuidado, las cosas nunca salen como uno quiere.

¿Eso es una advertencia? Dijo Billy.

Tómatelo como quieras.

Sunday miró al chico aguantándose la risa y luego vio que el viejo hacía la misma. Los viajeros examinaron la sala, un conjunto de enseres se situaban en su mayoría contra la pared y estos carecían de definición.

¿Venís de muy lejos?

Sunday hizo que no con la cabeza mientras bebía un antiguo whisky.

Nos encontramos el rancho de casualidad, y nos encomendaron este trabajo.

El viejo le dio otra calada al puro y volvió a asentir. Luego se levantó y movió con las tenazas los troncos de la chimenea para que prendiese más.

Bueno, quizá la clave del misterio es que corremos para llegar a la nada. ¿No es así?

Yo no estoy del todo seguro. Si el humano le da sentido a la vida, imagino que también puede quitárselo.

Dios le da el sentido, pero cuando se pierde la fe entonces sí que acabas en un vacío insustancial. Él nos ve desde arriba pero no hace nada, Él no está hecho para eso.

A Sunday le estaba haciendo efecto el cáñamo y empezó a quedarse embobado con la lumbre.

La anonimidad es Dios y viceversa. Dios es el autor de todo y a la vez de las cosas que no acontecen. Pero te voy a decir una cosa. Puede que nos observe desde arriba y piense que todo esto es una mierda, las cosas que ha creado. Quizá él tiene la culpa y se arrepiente, quizás un día nos mate a todos enviando sus tropas de ángeles. O puede que nos aniquile con

enfermedades o no haga falta ni eso, nos destruiremos entre nosotros.

Pues prefiero vivir mil años cometiendo fechorías que morir sabiendo que tengo plaza asegurada en el paraíso, dijo Billy.

Salieron que amanecía y después de cabalgar durante horas en dirección norte vivaron al oeste y entraron en un terrero más montesino y menos seco. Siguieron varios ríos hasta acabar en una vaguada e imaginaron que estarían cerca. Pararon para abreviar a los caballos y también a ellos mismos. Hablaron sobre lo que les dijo el viejo la noche anterior y que después de que les diesen la paga se comprarían nuevos atuendos y botas recién salidas de la fábrica. Comieron la carne que les dio Lewis la pasada noche y cuando Sunday fue a lavar la cazuela al río tres jinetes avanzaron hacia ellos desde allá arriba, donde los pinos. Parecían viajeros normales y corrientes. Billy los miró fijamente y Sunday hizo lo propio.

¿Usted es John Sunday? Dijo uno de los jinetes. Aunque más que jinetes parecían petimetres. Lucían chalecos negros y camisas rojas y todos portaban rifles modernos y pistolas reglamentarias. En cambio, los dos desarrapados viajeros parecían que habían emergido de las propias entrañas de la tierra. Vestían camisas blancas y pantalones de tela con tirantes y sus botas eran como un bodrio cuerudo cuyos revestimientos se estaban desmenuzando y sus tacones bailaban cada vez que pisaban.

Sí, soy yo. Dijo Sunday.

Tenemos orden de arrestarlo y devolverlo a la cloaca de donde salió. El chico se había escondido detrás de unas rocas y ya estaba acodado con el revolver amartillado. La pistola se sacudió causando que todo su alrededor se cubriese de humo. El jinete cayó del caballo y se revolvió con las manos en el pecho y luego el pecho se le empezó a empapar de sangre. Billy le disparó una vez más y lo dejó seco. Los otros jinetes sacaron sus armas y dispararon sus rifles y le dieron a Sunday en un brazo. Billy Jack le dio a un caballo y este huyó junto con su jinete. Aquellos hombres les rodearon y luego les arrestaron a la vera del río y no pudieron hacer nada.

Dos días después dejaron libre a Billy y este asistió al ahorcamiento de Sunday y le compró a un soldado sus muñequeras y cabalgó hacia poniente sin ninguna identidad y esa noche miró las estrellas. Se preguntó sobre el lugar del humano en el universo, se planteó la existencia de una entidad que lo decidiera todo, que calculase fríamente todos los acontecimientos que ocurrían en cada momento. Luego Billy Jack durmió profundamente.